

EL PLATONISMO EN TREVIJANO

Desde el *Gorgias*, de Platón, todo pensamiento fuerte de raíces políticas es un pensamiento *moral*, y la salud del alma pública su objetivo primordial. Por ello, cuando decimos que el último libro de Antonio García-Trevijano, *Pasiones de Servidumbre*, es un producto de las Ciencias Morales, lo estamos a la vez definiendo como un tratado político. Pero no sólo el pensamiento político de García-Trevijano es platónico en ese sentido teleológico (el triunfo de la Idea del Bien), sino que su propia naturaleza arranca del viejo Platón de *Las Leyes*. Pues si el Platón de la *República* creía que tras un meticuloso y complicado proceso de educación y selección se podía conseguir gobernantes que asegurasen la felicidad de los ciudadanos de la *pólis*, el viejo Platón, tras largas y dolorosas experiencias personales, ya no confía en esa bondad adquirida de los políticos, y pone ahora como única garantía del bienestar y la salud moral de la ciudad a las leyes y a sus creaciones institucionales. De la bondad singular de la persona del político se pasa a la bondad innominada de las leyes y las instituciones impersonales. Y ello no es otra cosa que la aceptación de Platón, al final de su vida, de las reglas del juego democrático. Son las reglas y las formas políticas quienes garantizan la libertad de los ciudadanos, y no el comportamiento «profesional» del político, por bien educado que esté. El mismo Aristocles nos señala en el Libro IV: «A los que ahora se dicen gobernantes los llamaré servidores de las leyes, no por introducir nombres nuevos, sino porque creo que ello más que ninguna otra cosa determina la salvación o pérdida de la ciudad; pues en aquella donde la ley tenga condición de súbdito sin fuerza, veo ya la destrucción (*phthorán*) venir sobre ella; y en aquella otra, en cambio, donde la ley sea señora (*despótês*) de los gobernantes y los gobernantes esclavos (*doûloi*) de esa ley, veo realizada su salvación y todos los bienes que otorgan los dioses a las ciudades» (715c-d). Más aún, que yo sepa, Platón es el primero que propone curar la «enfermedad de los reyes» (*basiléon nósêma*), es decir, la propensión de todo poder político a abusar y a extralimitarse, dividiendo el ente del poder político en tres partes (*mían ek triôn*), de suerte que el propio morbo connatural de cada poder, al entablar combate por el espacio político con los otros dos «trozos» hermanos en su ansia extralimitadora, sea la mejor garantía de la libertad de los ciudadanos (692c) —desde luego, todo pensamiento universal puede ser reducido a una edición comentada de las obras platónicas—. Pues bien, de esta misma idea platónica participa la República Constitucional, y, entre nosotros, su más eximio corifeo, Antonio García-Trevijano, quien en esta mencionada obra también nos expresa su infinito optimismo institucional: «Pero la democracia institucional es posible. Basta con cambiar el sistema electoral y separar los poderes del Estado. Basta con dar a los ciudadanos el derecho de elegir a sus representantes de distrito y de nombrar o depone directamente a sus gobiernos. Basta con prohibir legalmente el escandaloso cinismo de que hombres o mujeres de un mismo partido, y de una misma elección, sean a la vez legisladores, gobernantes, jueces, administradores,



consejeros jurídicos y auditores del Estado» (pp.192-193).

El viejo Platón ya no ve en el filósofo o en el pensador al gobernante ideal que viera en su madurez, sino que se contenta con que el filósofo sea, si-

guiendo a su maestro sileno como nunca, el ciudadano con una afilada conciencia crítica que vigila estrechamente al gobernante para denunciarlo en el momento en que su poder actúe sin imperativo legal. Y ese Platón pudo haber escrito lo que nuestro Trevijano señala en sus *Pasiones de Servidumbre*: «El filósofo no piensa en el poder político, sino en la forma de no hacerlo socialmente temible o peligroso. Habla del poder pensando siempre en la libertad de los que no quieren o no pueden tenerlo. Está dominado enteramente por la pasión de la libertad política colectiva» (pág. 234). Los filósofos en el anciano Platón constituyen un cuerpo llamado «Consejo Nocturno» (¿cómo fragua la noche el sueño del amanecer libre!) que vigilarán la observancia de las leyes más por parte de los gobernantes que por parte de los gobernados. La virtud que radica en el hombre es el fin del Estado, y el Consejo Nocturno actual es la Prensa.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

ALBERTI EN EL SIGLO XXI

En los días finales del fenecido siglo presenté mi novela en la Fundación Alberti del Puerto de Santa María. Contrastaban los tonos claros, marítimos, dulces, del Salón de Actos que preside



das, / sin campos incendiados de batallas, / sin prisiones, sin sueño interrumpido. / Amor, amor, amor. Es la sola palabra».

Porque esa era la palabra que nosotros buscábamos. También nuestras manos se tendían hacia ellos,

buscaban sus ojos en tierras de Cádiz, de Murcia, de Almería en tierras de España. La Fundación ha dedicado una de sus salas a la presencia de María Teresa León, sala que con mimo y precisión recrea las imágenes de aquella bellísima mujer que acompañó a Alberti en la guerra y el exilio y que dio cuenta de su tiempo y de sus gentes en la «Memoria de la Melancolía». Y por todas partes libros y fotografías muestran uno de los testimonios gráficos y literarios más profundos del siglo XX. Allí está la historia, allí están los recuerdos, los sueños y las desesperanzas, la memoria viva que algunos de nosotros no queremos se extinga.

Los naufragios presentes no son sino continuidad de otros barcos de ilusiones rotas que en pasados siglos encallaron. Y sobre todo, en el recién dejado atrás. Difícilmente, en tiempos remotos, nadie hubiera podido adivinar un desarrollo técnico y científico tan grande como el alcanzado en él por la civilización. Difícilmente nadie, en esos remotos tiempos, hubiera podido vislumbrar a qué abismos de infamia llegaría el ser humano a la hora de crear un poder destructor, a la hora de servirse de esos avances técnicos y científicos para su política y acción represora, genocida. El canto de las crueldades por ningún Dante de nuestros días puede ser recreado.

Más en El Puerto de Santa María hablábamos de cosas sencillas, humanas, de dolores cotidianos, ante gentes que compartían nuestras palabras y nuestros deseos para una vida más justa y solidaria. Siempre con los desheredados de la tierra, esos que se han convertido en el fantasma que corre las tierras de Europa, los que no pueden ser considerados nuestros hermanos, sino nuestras víctimas, para los que Alberti abre sus manos poéticas en sus cálidas palabras. Son deseos trascendidos de su salmo, con los que cerrábamos esta jornada en la Fundación que su nombre lleva. La lluvia seguía golpeando los cristales, los techos, las ventanas del local, como si quisiera abrazar el azul del mar pintado por el propio Alberti y que invadía la estancia. Y en ella resonaban sus palabras:

«Mis hermanos del Sur, llegad, subid al Norte. / De Este a Oeste, venid, cruzad, hermanos. / La misma mar abierta os da la mano. / El mismo sol, la misma luna os cantan».

La prensa hablaba de pateras encalladas en las costas del Estrecho, de cadáveres sumergidos en sus aguas, de hombres, mujeres y niños detenidos cuando buscaban la Tierra Prometida, de temblores, agonías, súplicas, esperanzas. Y entonces resonaba la voz del poeta nuevamente:

«Lejos, la muerte. Un mundo sin heri-

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

LA SEDUCCIÓN DE LAS PALABRAS

Vive para la defensa apasionada del Español. Prepara ahora un manual de dudas destinado a los medios informativos de habla hispana. Su último libro: *La seducción de las palabras*, alcanzará la cuarta edición esta semana. Es Alex Grijelmo hombre sosegado. De indeclinable sencillez. Uno de esos periodistas que no cree en los que hinchan sus voces con las palabras que más fascinan a los pueblos, para confundirlos. No conozco a nadie del oficio tan obsesionado como él por el valor de la palabra. Su capacidad para engatusarnos; los trucos manipuladores del lenguaje.

De la metáfora mentirosa. Desde Bogotá hasta Salamanca, pasando por Nueva York, he visto a Alex Grijelmo ahondar, ameno y creativo, en los trucos del lenguaje; sus vicios y sus trampas. De exponer con valentía cómo se manipulan hoy las palabras, para alterar la realidad. Nadie que viva para estos oficios nuestros. Nadie que quiera acercarse a ellos, debería dejar de leer a Alex Grijelmo.



Jesús FONSECA



Andrés SOREL